



Wagner.



Matilde Wesendonck.



## Richard Wagner,

# el imperio de los sentidos

Angel Barja

A pesar de la importancia decisiva que tuvo Wagner para la historia de las artes, especialmente para la música, no se habla hoy tanto de él como en otros tiempos, sobre todo si pensamos que existen en todos los idiomas más de cuarenta mil títulos sobre su persona y su obra.

El novelista Marcel Proust tuvo por Wagner verdadera pasión, como dejó reflejado en su célebre y monumental obra «En busca del tiempo perdido». Esta pasión, común a muchos amantes de la música, se ha traducido a lo largo del tiempo en sentimientos adversos por parte de otros. Wagner es amado y odiado, como le ocurriera en vida, quizá porque su figura es demasiado grande para ser acogida sólo en un determinado ámbito de sentimientos.

Al contrario de otros grandes compositores, Wagner no fue un niño prodigio como él mismo se complacía en asegurar. Su infancia se mueve en ambientes teatrales más que directamente musicales. Serían las sinfonías de Beethoven, en 1828, las que despertarían al músico que en él

dormía: «Mi corazón latía desenfrenado», escribió. De hecho puede decirse que Beethoven fue su escuela, su Universidad y su Conservatorio, ya que estudió sus Sinfonías con absoluta y total dedicación, leyéndolas, copiándolas y tocándolas, especialmente la Novena, para la que tuvo siempre un sólido respeto hasta el punto de ser ella la única obra que admitió, junto con las suyas propias, en el estreno del Teatro de Bayreuth.

Wagner fue un curioso de todas las cosas y tuvo una formación muy extensa, aunque no demasiado profunda. Su vida es sumamente compleja y se mueve frecuentemente entre la realidad y el ensueño. Pero tuvo muy claro que él debía ser el creador de la Opera Nacional alemana, razón esta por la que algunos le han achacado un incipiente nazismo. Literato y compositor a la vez, conseguiría hacer la síntesis de teatro y música a través de un tipo de Opera que, desde él, se llama drama musical, aunque la palabra ya la había usado Monteverdi cuando llamó a su Orfeo «Drama in música». Lo cierto es que con Wagner se inicia una era nueva para el teatro musical, entendiéndolo como obra de arte total, síntesis

de todos los recursos artísticos conocidos, una especie de cinematografía de aquel tiempo, vamos. Esta es, por tanto, su primera gran aportación a la música. La otra se realiza en el campo del lenguaje musical, especialmente en sus aspectos armónicos y fraseológicos, que influirían incluso en Schonberg y Debussy.

Su orgullo y egocentrismo lo llevaron a una confusión ideológica sorprendente en un artista tan excelso; sus mismas incursiones en aspectos políticos de la vida social de su tiempo le crearon grandes problemas, de los que nunca salió limpiamente. No es extraño que algunos de sus enemigos lo hayan calificado como «el mayor falsario de arte y estética».

De excepcional importancia para Wagner fue su relación con el rey Luis II de Baviera, relación sincera por parte del rey y oportunista e interesada por parte de Wagner. Los grandes compositores tuvieron exquisitas amistades entre la más alta nobleza; pero qué distinta fue, por ejemplo, la de Beethoven y el archiduque Rodolfo, llena de dignidad y de belleza humana. En el caso de Wagner y Luis II de Baviera hay que hablar, hoy,

de aspectos psicopáticos. Pero el músico bailó bien a aquel son, pues obtuvo del rey lo que jamás artista alguno había soñado. Todas las facilidades para la interpretación y representación de sus Operas en el mítico Teatro de Bayreuth, regalo de la magnanimidad del soberano, y todavía hoy santuario wagneriano.

En el plano puramente musical, Wagner engrandeció todos los parámetros de la creación sonora. El uso del cromatismo y la modulación constante producen en su música una inestabilidad turbadora que parece enteramente nueva. La ampliación de la orquesta, sobre todo en los metales, y su colorido fascinante y sensual son característicos de Wagner. No hay en toda la historia una música más lujuriosa, incluso en los momentos sublimes —por ejemplo, del Parsifal— en que tal lujuria puede entenderse como purísimo misticismo. Esta ambigüedad puede explicar un poco las simpatías y antipatías que todavía hoy acompañan la música del compositor de Leipzig. Su indefinición mental lo sitúan perpetuamente en la duda e incluso en la contradicción. El año 1859 escribe a Liszt: «¿Qué la-

mentable impresión me produce mi música!... Me parece que no soy sino un chapucero». Este duro juicio sobre sí mismo, que es objetivamente inaceptable en un genio como Wagner, en cuya estética se funden la vida, el pensamiento y la acción como un todo confuso y nunca poseído, confirma la desintegración psíquica del compositor. Nietzsche, que había sido primero un admirador incondicional, llega a atacarlo duramente por su incoherencia global; el filósofo anticristiano crítica al músico su paganismo artístico.

Cuando Wagner moría, el 13 de febrero de 1883, es posible que fuera confortado por tres grandes recuerdos: Tristán, Maestros cantores y Parsifal. Los personajes mitológicos que él había creado le parecían reales ya que, de alguna forma, eran sublimaciones de su propia vida. Su desmesurada insatisfacción asistencial y el vacío de su espíritu eran precariamente colmados por sus propios fantasmas, sin excluir a Cósima, a Minna, a Matilde. Pero quizá lo único que podía redimirlo de su propio caos fuera, definitivamente, el calor y el dolor de su música.

## Premio de relatos «DIARIO DE LEON»

Con motivo de la celebración del Ochenta Aniversario de la fundación de DIARIO DE LEON, se convoca un concurso de relatos breves, que se regirá por estas bases:

1. Podrán concursar todos los escritores que lo deseen, con relatos escritos en castellano y rigurosamente inéditos.

2. La extensión máxima no superará los tres folios. Deberán presentarse mecanografiados a doble espacio y con tres copias de cada original. Cada autor podrá presentar cuantos relatos estime conveniente.

3. El tema será libre.

4. Habrá un único premio, dotado con 50.000 pesetas y placa de plata.

5. Sólo entrarán en concurso los relatos publicados por DIARIO DE LEON en su suplemento dominical de cultura «FILANDÓN» desde el día 6 de abril hasta el 28 de septiembre de 1986.

6. A cada autor seleccionado se le enviarán dos ejemplares del DIARIO DE LEON en que haya aparecido su trabajo.

7. Los originales se firmarán con nombre y apellidos y serán remitidos a DIARIO DE LEON, c/ Lucas de Tuy, 7. 24002. León. Irán dirigidos a «Filandón», haciendo constar igualmente «Premio de Relatos». Se adjuntará la dirección del remitente.

8. La admisión de trabajos finalizará el día 30 de junio de 1986.

9. El premio no podrá ser declarado desierto.

10. La composición del Jurado será comunicada oportunamente por los medios de difusión, adelantando que serán relevantes personalidades de las Letras. El fallo del concurso se efectuará el día 4 de octubre, coincidiendo con la festividad de San Froilán, patrón de León.

11. La simple participación en el premio, supone la aceptación de todas y cada una de las bases expuestas: El fallo será inapelable. No se mantendrá correspondencia con los concursantes, excepto con aquéllos que siendo finalistas lo deseen. No se devolverán los originales. El periódico podrá utilizar, de cualquier forma, alguno de ellos hasta finalizar el año y para sus páginas de cultura. Finalizado este tiempo, serán destruidos. Los relatos serán seleccionados por un jurado preliminar de tres miembros.

Nota: Los autores, si lo estiman conveniente, podrán enviar ilustraciones alusivas a sus relatos.

## Los filandones

Jesús Pariente Díez

caban a las necesidades agrícolas y hacían yugos, arados romanos, cambas, manceras, morteras, artesas, herradas, y sobre todo, tablonos de roble de todos los tamaños, destinados para cubas, bocoyes y cubetos para el vino.

Hechos todos estos preparativos y cuando después del verano habían recogido la hierba, las lentejas y las patatas, que constituían la principal cosecha de su hacienda, emprenderían, en el mes de septiembre, cargados sus carros de vacas con estos utensilios, en procesión chirriante de ejes, el largo camino de tierra de Campos, o de Los Oteros, donde a la vez que vendían sus artesanías, compraban el vino y los garbanzos para su consumo y, de manera especial, el trigo necesario para su consumo y también el que tenían que pagar al médico, al veterinario, al herrero y al molinero, en concepto de iguala o avenencia pactada en especie.

Las principales hilas y los más típicos filandones, se organizaban en cada casa con ocasión de la matanza del cerdo y de la popular cocina leonesa. Entonces se preparaba y degustaba la oronda morcilla, picante y sosa, que con mano maestra nos cantó Baltasar de Alcázar. Al mismo tiempo se picaba la carne del cerdo, se rellenaban los chorizos, se probaban las «amorosas» jijias y se aderezaban la cecina y los jamones que serían curados al humo, a la helada y a la nieve.

Y así, con estas ocupaciones, esta despensa y el condumio que de ella salía, unido a la socorrida presencia gallinácea y hueveril, y a los obligados de bacalao, truchas y peces de río de los días de abstinencia y ayuno, vivían las familias leonesas de aquella época.

Condumios, que eran aproximadamente iguales a los del resto de los españoles, nos guarde Dios, y aún a los que, en pasado siglos, alimentaban el espíritu y las pocas carnes de nuestro caba-

llero don Quijote, que según nos cuenta Cervantes, consumía todos los días: «Una olla, (cocido) de algo más vaca que carnero, salpicón (tocino entrecerado de jamón, carne de vaca y cebolla, todo ello picado y sazonado con sal, pimienta y vinagre), las más noches, duelos y quebrantos, (huevos fritos con torreznos) los sábados, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos».

También tenían las hilas su inquietud literaria y no era raro que algún improvisado poeta leyera sus ríspidos versos y que con la colaboración del maestro y del cura se ensayara la representación de sainetes y juguetes cómicos y, sobre todo, de las populares pastoradas de Navidad y los autos sacramentales de la Pasión. Hubo pueblos, en que sin la debida dirección y preparación, se lanzaron a representar estas pastoradas y la Pasión y se ofreció a los espectadores diálogos tan sabrosos como este, entre Jesús y un Centurión: «¿Sois vos el llamado Jesús Nacienceno?» —¡El mismo soy! — «¿Entonces darvos presu!»

¡Dichosa edad y siglos aquellos!, como diría don Quijote. Y no lo digo, porque crea en el estribillo del poeta palentino Jorge Manrique, que cualquier tiempo pasado fue mejor. Creo por el contrario que en cualquier pasado se vivió peor. Lo que pasa es, que lo mejor siempre para cada generación es, nuestro tiempo, el de la edad dorada de nuestra juventud. El tiempo de ahora, que se nos escapa de las manos, ya no es nuestro. Pertenece a la generación de nuestros hijos. Es el tiempo que se ha distinguido por los espectaculares avances científicos y tecnológicos de los antibióticos y los trasplantes, y que han dominado el átomo y el espacio.

Desgraciadamente no han avanzado en la misma proporción las relaciones humanas, que por el contrario, se encuentran estancadas y en crisis y tanto por falta de solidaridad, como por sobra de egoísmos e inhumanas violencias.

(1) Relato del libro «50 años de historia a la orilla del río». (Memorias de un pescador leonés de truchas).